

**TUS
LIBROS**



MARK TWAIN
El Forastero Misterioso



Esta vez el forastero, por misterioso que pareciera, no se presentó con cuernos, ni rabo, ni patas de cabra. Al contrario, «vestía ropa nueva y buena, era guapo, tenía un rostro atractivo y una voz agradable». Pero hizo y dijo cosas que quedarán para siempre grabadas en la memoria desasosegada de los hombres. Mark Twain, con una entonación de cuento de hadas, casi fuera del tiempo y del espacio, escribió una alegoría sobre la condición humana y la absoluta relatividad de todas las cosas, tan inquietante en su sencillez, que al cerrar el libro el lector acaba preguntándose si la existencia humana es una pesadilla.

La presente obra es traducción directa e íntegra del original inglés en su primera edición publicada por Harper, New York, 1916. Las ilustraciones, originales de Julio Gutiérrez Mas, han sido realizadas expresamente para esta edición.

Introducción a la literatura satírica

La sátira es una especie de espejo donde el espectador descubre generalmente todas las caras excepto la suya.

JONATHAN SWIFT

Consideraciones generales

La capacidad de reír va unida al hombre como la capacidad de volar va unida a las aves. La risa es seguramente una conquista de la inteligencia, pero también una marca de la debilidad de quienes la poseen.

El hombre es, desde algún punto de vista, un ser patético: piensa de un modo, pero sus sentimientos, con frecuencia, le obligan a actuar en sentido contrario; su mente es capaz de concebir los paraísos más excelsos, pero en la práctica ha llegado a crear organizaciones sociales donde la vida cotidiana guarda sospechosas afinidades con el sufrimiento infernal. La contradicción entre sus impulsos afectivos y sus tendencias lógicas hacen de él un ser especialmente apto para la provocación de toda clase de catástrofes. Tiene la rara facultad de apostar contra sí mismo y perder. Por si esto fuera poco, su ambición suele ir más allá de sus posibilidades; su inteligencia, más lejos que sus manos; su corazón, como decía el filósofo, tiene razones que su razón ignora.

Aún podríamos añadir a esta breve lista de despropósitos uno último y el más desgarrador tal vez: que, siendo la

inmortalidad una invención suya, él mismo ha de morir como el resto de los seres que pueblan el planeta.

Este desencuentro entre lo que puede imaginar y lo que realmente le es dado alcanzar produce en el hombre, además de innumerables trastornos de orden nervioso, una suerte de mueca sonora que llamamos risa. «La risa —decía Baudelaire— es satánica; se trata, pues, de algo profundamente humano».

Está claro que la compleja actividad del hombre se puede mirar desde otros sitios y obtener con esa mirada conclusiones satisfactorias, su lucha por la supervivencia, su ambición de poder, su dominio sobre la naturaleza, en fin, son hechos susceptibles de una consideración autocomplaciente y vanidosa. En fin de cuentas, el hombre ha demostrado una notable habilidad para negar todo aquello que pudiera devolverle una imagen poco grata de sí mismo. Los mecanismos de esta negación van desde la simple ceguera selectiva hasta las más sofisticadas artimañas por medio de las cuales el ser humano atribuye a los otros lo que no puede soportar ver en sí mismo. La definición de Swift citada al principio de este trabajo es expresiva de esta tendencia, tan exclusivamente humana como la risa, de descubrir en los demás aquello que sin embargo anida en nuestro corazón.

A nosotros, por razones obvias, nos interesa analizar aquí el punto de vista del satírico y no otros. Será su visión de la vida, y el equivalente literario que tal visión haya logrado levantar, el objeto de esta introducción, cuya lectura deberá acercarnos a una clase de producción artística que posee rasgos específicos.

«El tema perenne de la sátira —afirma Matthew Hodgart— consiste en la propia condición humana».

La sátira será, pues, un punto de vista desde el que se contempla y juzga esa condición. Lo primero que advertimos, por tanto, es que esa especial actitud que induce a poner de manifiesto lo que en el hombre hay de patético,

grotesco o simplemente cómico no es exclusiva ni de los escritores ni de la literatura.

La sátira como punto de vista

La vida cotidiana está repleta de sujetos que poseen ese don especial consistente en descubrir las contradicciones internas de los hombres, tanto en su comportamiento privado como en sus actitudes públicas. Una de las manifestaciones de ese don es el chiste, del que nos ocuparemos más adelante, pero anotemos ya su carácter popular y por lo general anónimo, que nos indica que la visión satírica del mundo y su expresión verbal son patrimonio de todos.

Por otra parte, la sátira tampoco es exclusiva de un sistema de significación como el lenguaje, oral o escrito, sino que resulta igualmente eficaz desde sistemas de significación tan dispares como la pintura, la escultura, el cine, etcétera.

De lo dicho es fácil deducir que aquello que define a la sátira no viene dado por su investidura formal, pues ya hemos visto que con el adjetivo satírico podemos referirnos a una pintura, a un chiste, a una novela o a un programa de televisión. Lo que define a la sátira es su intención de ridiculizar determinados comportamientos individuales o sociales del hombre. En otras palabras, lo diremos una vez más, el rasgo distintivo de este modo de expresión lo constituye el punto de vista desde el cual se observa la realidad.

Ese punto de vista que carga el acento en los defectos, y no en las virtudes, o en lo que se oculta más que en lo que se aparenta, es a su vez la causa de que originalmente se considerara la sátira como un «género» didáctico, pues en ella vemos aquellos aspectos de la condición humana que deberían ser corregidos.

Siendo el objeto de este trabajo la introducción a la literatura satírica, dejaremos desde ahora a un lado todas las obras de esta clase que se presentan bajo modos de ex-

La sátira y los géneros literarios

presión diferentes, a menos que nos sea útil acudir a ellas para desarrollar mejor el tema.

Se ha insistido, en las introducciones hechas a otras series de esta colección, en la dificultad de establecer límites claros entre los diversos géneros literarios. Pero en aquellas ocasiones, y aunque fuera por razones de método, habíamos conseguido trazar algunas líneas generales que definían el género policiaco, el de aventuras o el de intriga y terror, por poner tres ejemplos.

Con la sátira, sin embargo, ni siquiera podemos establecer unas líneas generales para recluirla en un género, porque aparece en todos ellos. Se sirve igual de la poesía y del teatro, pero también de la novela. De manera que su clasificación, atendiendo al género, resulta imposible.

Más difícil resulta todavía su definición, si bien en este terreno se han hecho algunas aproximaciones interesantes. La dificultad de toda definición estriba en su carácter reduccionista: definir consiste en poner unos límites dentro de los cuales debería quedar el objeto definido. Siendo la sátira algo que puede aparecer bajo multitud de formas, el intento de dar con una frase que las abarque todas está condenado al fracaso. Por eso muchas de las definiciones que se han hecho de este «género» son más literarias que reales. Como ejemplo, recurrimos de nuevo a la frase de Swift citada al principio: «La sátira es una especie de espejo donde el espectador descubre generalmente todas las caras excepto la suya».

La ambigüedad de esta definición, que viene dada por la calidad literaria de su tono, sirve al menos para situar el espacio desde el que es contemplada la intención satírica.

Sin embargo, en nuestro intento por facilitar al joven lector una definición a la vez más real y más amplia hemos encontrado la del profesor Kennet R. Scholberg citada en la introducción a su libro *Sátira e invectiva en la España medieval*: «La sátira es, en esencia, el arte literario de disminuir

el objeto por medio del ataque, haciéndolo ridículo o evocando hacia él actitudes de desprecio y desdén».

Veremos más adelante, al referirnos a las técnicas de este «arte literario», cómo la reducción, o la caricatura, constituye uno de sus principales recursos, aunque no el único.

De momento, y vistas las dificultades que encierra su clasificación y definición, continuaremos haciendo sucesivas aproximaciones al tema, de modo que al final de este estudio tengamos de la sátira una amplia visión, dentro siempre de las limitaciones a que nos obliga la brevedad de nuestro trabajo.

La primera aproximación consistirá en delimitar bien el término sátira para distinguirlo de otros, como la invectiva y la parodia, junto a los que aparece con frecuencia. Después nos acercaremos a la sátira a través de sus técnicas y de sus temas más frecuentes. De este modo habremos conseguido someter el objeto de nuestro estudio a un acoso efectuado desde aquellos rasgos que aparecen en él de forma más asidua. Finalmente, esbozaremos una brevísima historia de este arte y dedicaremos unas palabras a la sátira en la novela, puesto que a este género está dedicada nuestra colección.

Siendo la *sátira* en su origen un «género» didáctico, cuya función, por tanto, consiste en enseñar mostrando

Sátira, do en toda su ridiculez los defectos y vicios sociales, tendremos que convenir que su objeto debería ser lo más amplio posible. Juvenal, uno de los más importantes poetas satíricos de la antigüedad, lo decía de este modo: «*Parcere personis, dicere de vitiis*» (Tratar de los vicios, callar los defectos personales).

Según este principio, que aspiraba a convertirse en norma universal, el escritor satírico debe intentar elevar la anécdota a nivel de categoría o, lo que es lo mismo, no enseñarse en alguien personalmente, sino hablar de los vicios de forma amplia y general.

Junto a esta tradición, que pretende fijar el objeto de la sátira en los vicios y costumbres sociales con evidente intención moralizadora, aparece la *invectiva*, cuyo objeto tiende a ser un individuo conocido y concreto. La invectiva, de la que suele ser sinónimo el libelo difamatorio, desciende, pues, de lo general a lo particular y centra sus ataques en un individuo conocido por el público.

El libelo satírico, que es una de las variedades de la sátira, tiene una rica tradición y ha conducido a sus autores con frecuencia a la cárcel o al destierro. Lope de Vega sufrió un proceso por practicar esta clase de literatura, pero él no es más que uno dentro de una gran lista que llega hasta nuestros días.

Gran parte de las disputas literarias de todos los tiempos han encontrado en la invectiva o libelo su desarrollo más perfecto. Las rencillas entre escritores y literatos en general constituyen un tema perenne de la sátira. Veamos lo que dice el crítico Matthew Hodgart acerca de ello en su estudio sobre la sátira: «En general, hemos evitado este tema, pues, según nuestra opinión, gran parte de la literatura satírica consiste en las contiendas de los literatos entre sí. Dado que los poetas son gente irritable, gastan mucho de su tiempo y de su talento en demostrar cuán despreciables son sus rivales».

La cita viene al caso, entre otras razones, porque ella misma es un buen ejemplo de ironía satírica. Y no olvidemos que la ironía, en opinión de algunos, es la forma más elaborada de la sátira.

La *parodia*, finalmente, es una variedad de la sátira cuyo objeto consiste en la imitación burlesca de una obra o un estilo. Han sido y siguen siendo blanco de este género todas aquellas instituciones, y personas dependientes de ellas, cuyos ritos o aspectos formales están ampliamente asentados en el público. Así, la Iglesia y los políticos de todos los tiempos, por ejemplo, han sido satirizados por este medio. El sistema es fácil: imaginemos a un político o a un

orador de estilo muy peculiar, repleto de tics y ampulosidades retóricas. Bastaría imitar en su forma esa retórica y esos tics, pero modificando el contenido de su discurso, para conseguir una pieza paródica cuya capacidad para producir risa dependerá del ingenio de su autor.

Tenemos también en la literatura innumerables ejemplos de este arte, algunos de ellos dignos de ser mencionados aunque solo sea de pasada. Así por ejemplo, la respuesta paródica a la epopeya homérica es la *Batracomiomaquia* (combate entre ranas y ratones), de autor incierto, breve poema burlesco donde se parodia el estilo del autor de la *Ilíada*. En España, el *Libro de buen amor*, del Arcipreste de Hita, parodia a su vez las Horas canónicas contenidas en el *Breviario* o libro que contiene el oficio divino que han de rezar todos los días los sacerdotes católicos. Y no olvidemos que *El Quijote*, una de las novelas más importantes de todos los tiempos, se ha considerado universalmente como una versión paródica de los libros de caballerías. La parodia, pues, como una de las variedades de la sátira, tiene una importante tradición en la que no es difícil encontrar algunas obras maestras.

Vistas ya las variedades más importantes de la sátira, intentaremos ahora comprender sus mecanismos, lo que viene a ser tanto como revisar las técnicas de *Los recursos formales de la sátira* que se vale para ridiculizar el objeto escogido y provocar la risa del eventual lector o espectador. En las primeras líneas de esta introducción hemos hablado brevemente de la risa a modo de anuncio de lo que desarrollaríamos más tarde. La mención era pertinente por cuanto sátira, humor y risa son los vértices de un triángulo dentro de cuyo espacio habremos de movernos para la comprensión de este fenómeno. Decíamos que el hombre parece ser el único animal de la naturaleza con capacidad para la risa. Junto a esta capacidad de reír aparece también la de reírse de sí mismo y de sus semejantes. De ahí nace, como una interpretación posi-

ble, el carácter satánico que Baudelaire atribuye a este hecho profundamente humano. Y es que, en verdad, parece algo diabólico que un ser pueda reírse de sus propias carencias, de sus limitaciones, de sus defectos en suma. Pero no olvidemos que es la no aceptación de esas limitaciones, de esas carencias o de esos defectos lo que conduce al hombre a adoptar actitudes grotescas que por algún raro mecanismo producen risa.

Por otra parte, tales limitaciones y carencias no son a veces naturales en la medida en que son generadas por la cultura, en general, o por el orden social establecido. La conciliación entre orden social y libertad individual no es siempre fácil y constituye uno de los temas de la filosofía política de todos los tiempos. Los desajustes de esa complicada conciliación son un buen tema para la sátira, ya que suelen provocar situaciones de risa, por satánica que esta sea. Deducimos con esto que aun la vertiente más pesimista y negra de la sátira, ejemplarmente representada por Jonathan Swift, produce en el lector, si no una risa sardónica, sí al menos una sonrisa irónica (esa versión educada de la risa), que nos hace cómplices de la negra visión del mundo que el autor expone en sus libros.

Resulta imposible referirse a los recursos formales, o técnicas, de la sátira sin hablar del tema *El humor*, del humor, que en alguna medida, y a pesar de *la risa*, las páginas que se han escrito sobre él, continúa *el chiste* siendo un enigma.

La acepción del humor que conviene a los intereses de este trabajo (pues ha tenido muchas a lo largo de la historia) es aquella que lo relaciona con una especial disposición del ánimo para advertir lo absurdo o lo contradictorio de una situación determinada. Su correlato es la risa, y su expresión más difundida, el chiste.

Para tener una visión humorística de la realidad parece conveniente, cuando no necesario, salirse de los rígidos esquemas y caminos a los que conduce el sentido común,

que a decir de algunos es el menos común de los sentidos. En otras ocasiones es la exageración de ese sentido común lo que puede dar lugar a un hallazgo humorístico o chistoso, como cuando, por ejemplo, aquel autor se extrañaba de que los langostinos no supieran nadar llevando tanto tiempo en el agua.

En cualquier caso, la pérdida momentánea o permanente del sentido común es lo que permite una visión más aguda o distorsionada de la realidad, que conduce al humor. Citemos como ejemplo a aquel autor que ante la perspectiva de una jornada horrible de trabajo se preguntaba si había vida más allá del desayuno. La trascendental pregunta de si hay vida más allá de la muerte, cambiada de contexto, pero utilizada en semejante tono, produce sobre la realidad un efecto distorsionante que hace gracia. Y con esto ya citamos una técnica a la que nos referiremos más adelante.

Hegel, Richter, Lips, Taine, Bergson, Freud y Pirandello son, entre otros, algunos de los filósofos y literatos que se han ocupado del tema del humor. Curiosamente, sus opiniones sobre esta cuestión no son siempre conciliables, lo que indica, de un lado, que el tema es complejo y misterioso; y, de otro, la multiplicidad y riqueza de los puntos de vista desde los que se puede observar la realidad.

Veamos una definición de la risa atribuida al filósofo inglés Thomas Hobbes: «No es más que una pasajera exaltación emanada del descubrimiento repentino de nuestra superioridad sobre los demás, si nos comparamos con los achaques de estos o incluso con nuestra propia debilidad anterior».

Opinamos que esta definición contiene las virtudes de una síntesis: alude, de una parte, a esa capacidad del hombre para ver en el espejo de la sátira todos los rostros menos el suyo, pero, de otra, se refiere a la relativización que es preciso efectuar sobre la vida para que surja el sentimiento humorístico. Decía Pascal: «No hay hombre que di-

fiera tanto de otro como cada cual difiere de sí mismo en la sucesión del tiempo».

Esta capacidad para advertir las diferencias respecto a sí mismo y respecto a los demás conduce inevitablemente a la comparación de la que hablaba Hobbes y, si esa comparación se trata adecuadamente, a la risa.

Hagamos aún otra cita, esta vez de Pirandello: «El hombre no tiene de la vida una noción absoluta, sino un sentimiento mudable y vario según las épocas, los casos, la fortuna».

Vemos cómo de nuevo se insiste en lo relativo de las costumbres, relatividad que adecuadamente tratada produce ese sentido de lo contrario, que para Pirandello es específico de la reflexión humorística.

Bergson se refirió al humor como algo que provoca una espera decepcionada. El momento de la decepción, que seguramente coincide con el de la risa, es aquel en el que la cadena lógica se rompe y surge el disparate. De un famoso político americano, conocido por su dificultad para bajar de las escalerillas de los aviones sin besar el suelo, se decía que no podía andar y mascar chicle al mismo tiempo. Cuando el oyente esperaba una explicación verosímil (lógica) a este raro fenómeno se explicaba que dicho personaje se hacía un lío y se caía. Se satirizaba de este modo al político resaltando su torpeza, que le impedía hacer dos cosas al mismo tiempo.

Vemos, pues, que la visión humorística produce cierto extrañamiento, cierta distancia respecto a lo cotidiano. En esta visión distanciada de la realidad veía Bergson una de las claves del humor. Por cierto, que su libro titulado *La risa* es uno de los estudios más inteligentes que se han hecho sobre este fenómeno profundamente humano.

Citemos por fin, en este breve repaso, a Sigmund Freud, cuyo trabajo *El chiste y su relación con el inconsciente* continúa siendo de consulta obligatoria para todo aquel interesado en el tema. Para Freud el humor cumple

una función económica, ya que gracias a él se ahorra una cantidad de despliegue afectivo que de otro modo sería liberada. Así, según su propio ejemplo, el reo que va a ser ejecutado un lunes y de camino al cadalso dice «empezamos bien la semana» evita con esa visión humorística sobre su propia situación una descarga afectiva de mayores consecuencias. Por cierto, que este pensador, fundador del psicoanálisis, tampoco escapó a la sátira de sus contemporáneos. De la ciencia fundada por él se llegó a decir: «El psicoanálisis es la enfermedad de la cual él mismo pretende ser la cura». La frase se atribuye a Karl Kraus.

Las técnicas de la sátira son múltiples y con frecuencia complejas. Un repaso exhaustivo de ellas escapa a los límites de esta introducción, por lo que señalaremos las dos más frecuentes invitando al curioso que *Las técnicas* desee tener conocimientos más amplios a consultar textos de mayor extensión.

- Una de ellas es la parodia, de la que ya hemos hablado anteriormente. Consiste básicamente en imitar los rasgos formales de un personaje o de un estilo vaciándolos de su contenido original y sustituyéndolos por otros de signo contrario.
- La otra, quizá la más utilizada, es la de la reducción. La llamamos así porque con ella el objeto satirizado es reducido a sus defectos. Comprenderemos bien su mecanismo si la relacionamos con la caricatura, que, como es sabido, consiste en acentuar determinados rasgos del sujeto elegido, que queda así reducido a sus defectos. Con esta técnica el sujeto es reconocible, pero su aspecto resulta ridículo.

En cuanto al chiste, que cumple con frecuencia una función importante dentro de la sátira, sus técnicas son aún más variadas y van desde la condensación de palabras a la utilización de estas con un doble sentido, pasando por el

cambio de contexto de un término cuyo funcionamiento queda de este modo alterado.

Veamos, como ejemplo de la utilización del doble sentido, un caso citado por Freud en el estudio antes señalado: «Bailaba Napoleón con una dama italiana cuando este dijo: *"Tutti gli italiani danzano si male?"*. A lo que la señora respondió: *"Non tutti, ma buona parte"*».

En otras ocasiones, y cuando el que habla se satiriza a sí mismo, es frecuente recurrir al absurdo. El maestro inigualable de esta técnica fue sin duda Groucho Marx. Veamos qué contestó cuando le invitaban a hacerse socio de un club: «No formaría parte de ningún club en el que se admitiese gente como yo».

Remitimos al interesado en conocer un cuadro analítico de estas técnicas a *El chiste y su relación con el inconsciente*, donde Freud ejecuta un amplio desarrollo de las mismas.

Señalemos, para finalizar con este apartado, que la división efectuada es en alguna medida artificial, puesto que lo más común en la práctica es el entrecruzamiento de técnicas diversas. Su funcionamiento o no dependerá de la habilidad e ingenio de quien las utilice.

Los temas de la sátira son numerosos, aunque no tantos como para que su lista resulte inabarcable. El problema reside más bien en el hecho de que su simple enumeración ocultaría el dato importante de que todos esos temas no han funcionado con la misma intensidad en todas las épocas ni en todos los países. Así por ejemplo, en tiempos de Enrique IV de Castilla la política fue uno de los blancos más frecuentes del escritor satírico (existe un estudio de Menéndez y Pelayo en torno a este tema). Y durante el siglo XIX, en Cataluña, fueron frecuentes los ataques a la religión por este medio. Del mismo modo, los autores ingleses de la época victoriana practicaron la sátira de las costum-